

Turbacion, esta lóbrega tristeza  
 Que invade sin cesar nuestro hemisferio,  
 ¿Es acaso el crepúsculo del día  
 Que se extingue, ó la aurora del que empieza?  
 ¿Es ¡ay! renacimiento ó agonía?  
 Lo ignóras como yo. ¡Nadie lo sabe!  
 Solo sé que la dulce poesía  
 Va enmudeciendo, y cuando calla el ave  
 Es que oscuridad la noche envía.  
 Oigo el desacordado clamoreo  
 Que alza do quier la muchedumbre inquieta  
 Sin freno, sin antorcha que la guie;  
 Ando entre ruinas, y espantado veo  
 Cómo al sordo compás de la piqueta  
 La embrutecida indiferencia rie.  
 — Tambien en Roma, torpe y descreída,  
 La copa llena de espumoso y rico  
 Licor, gozábese desprevenida,  
 Hasta que de improviso por la herida  
 Que abrió en su cuello el hacha de Alarico  
 Escapósele el vino con la vida.  
 Todo el cercano cataclismo advierte;  
 Pero en esta ansiedad que nos devora  
 Ninguno habrá que á descifrar acierte  
 La gran trasformacion que se elabora.

¿Y qué mas dá? Resurreccion ó muerte,  
 Vespertino crepúsculo ó aurora,  
 Los que siguen llorando su camino  
 En esta confusion fatal, horrenda,  
 Con inseguro paso y rumbo incierto,  
 ¿Dónde levantarán su débil tienda  
 Que no la arranque el raudo torbellino  
 Ni la envuelva la arena del desierto?  
 En otro tiempo el ánimo doliente,  
 Atormentado por la duda humana,  
 Postrábase sumiso y penitente  
 En el regazo de la fe cristiana,  
 Y allí, bajo la bóveda sombría  
 Del templo, el corazon desesperado  
 Se humillaba en el polvo y renacia.  
 Cristo en la cruz del Gólgota clavado  
 Extendia sus brazos compasivos  
 Al dolor sublimado en la plegaria,  
 Y para el pobre y triste fugitivo  
 Del mundo, era la celda solitaria  
 Puerto de salvacion, sepulcro vivo,  
 Anulacion del cuerpo voluntaria.

¡Ay! En aquella paz dulce y profunda  
 Todo era austero, reposado, grave.  
 La elevacion de la gigante nave,  
 La luz entrecortada y moribunda,  
 La sencilla oracion de un pueblo inmenso  
 Uniéndose á los cánticos del coro,  
 La armonía del órgano sonoro,  
 Las blancas nubes de quemado incienso,  
 El frio y duro pavimento, fosa  
 Comun, perpétuamente renovada,  
 De la cual cada tumba, cada losa  
 Es doble puerta que limita y cierra  
 Por debajo el silencio de la nada,  
 Por encima el tumulto de la tierra;  
 Aquella majestad, aquel olvido  
 Del siglo, aquel recuerdo de la muerte  
 Parecian decir con infinita  
 Dulzura, al corazon desfallecido,  
 Al espíritu ciego, al alma inerte:  
*Ego sum via, et veritas, et vita.*  
 Aquí en su pequeñez el hombre es fuerte.  
 Mas ¿dónde iremos ya? Torpes y oscuros  
 Planes hallaron en el claustro abrigo,  
 Y Dios airado desató el castigo  
 Y con el rayo derribó sus muros.  
 ¿Dónde posar la fatigada frente?  
 ¿Dónde volver los afligidos ojos  
 Cuando ha dejado el corazon creyente  
 Prendidos en los ásperos abrojos  
 Su fe piadosa y su interés mundano?  
 ¿Dónde?

¡En tí, soledad! Yo te bendigo,  
 Tú que al náufrago, al triste, al pobre grano  
 De desligada arena das abrigo.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

San Gervasio de Cassolas. — 20 de abril de 1868.

## Academia

DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS DE MADRID.

LA PERFECTIBILIDAD DEL HOMBRE.

(Continuacion.)

¡Cuán limitados son nuestros conocimientos sobre los ustorios del geómetra de Siracusa, las pinturas al fresco y los embalsamamientos egipcios, y el mortífero curare de los indios! En medio de nuestros adelantos en mecánica, ignoramos cómo se condujeron aquellas enormísimas moles de piedra que existen en los templos y sepulcros de Egipto: no podemos hacerlo. Levantaron los rodios un coloso de metal de casi 33 metros de altura, y á nosotros nos cuesta ensayos repetidos el fundir una campana de 1,000 ó 2,000 arrobas.

Son bastantes las obras artísticas, herramientas, máquinas y procedimientos que se dan á luz como nuevos, que fueron anteriormente conocidos, en esa ú otra forma. A pesar del descuido que se tuvo en anotar los sucesos y de las pérdidas de archivos, testimonios y documentos de la antigüedad, aun quedan vestigios de la existencia y conocimiento de algunos mecanísmos que se han querido vender despues por absolutamente originales.

Sin embargo, en lo que no es dable poner término á los conocimientos humanos, á los descubrimientos sucesivos, es aquellos ramos científicos y artísticos que dependen de un concurso particular de circunstancias felices, de combinaciones especiales, de elementos favorables. En este caso se encuentran las artes y ciencias positivas, en que la continuada observacion, la repetición de experimentos y hasta una casualidad afortunada llegan á producir resultados pasmosos y casi inconcebibles.

La geodesia, la física, la química, la mecánica, la astronomía, la náutica, la historia natural, la anatomía, la agricultura y la higiene han adelantado antes, adelantan ahora y adelantarán todavía; mas, por mucho que progresen, aun quedarán problemas por resolver, cuerpos que analizar, comentas que nos sorprendan, funciones orgánicas y misteriosas dudas acerca de la vegetacion, y sobre epidemias y contagios.

Sabido es de todos, y anda en proverbio, que no hay día de la vida en que no aprendamos algo nuevo, en la conversacion, en la lectura, en los negocios y en la experiencia del mundo. Y no se ha reparado con igual conviccion en que tampoco hay día en que nuestra limitada y flaca memoria deje de olvidar algo ó de trascordarse.

Una prueba demostrativa de que se olvida con la misma facilidad que se aprende la tenemos en que, no obstante los chascos, desengaños, contratiempos y lances desagradables que continuamente ocurren, los hombres no son hoy mas precavidos, dejándose engañar y volviendo á ser burlados, cual si la reminiscencia se achicase.

Aseméjase nuestra capacidad intelectual á un vaso henchido de agua que derrama una cantidad de líquido proporcionada á la que se le hecha despues de lleno. Repleta de cuanto cabe la memoria, reúne su caudal con los hechos, ideas y nombres recientes necesarios á cada edad y situacion, como si los tomara á cambio de los añejos y menos útiles en la actualidad.

La limitacion de nuestra capacidad es una verdad de intuición; no se concibe la posibilidad de saberlo todo, porque no se comprende qué seria del hombre el día en que no tuviera que aprender. Sin que se mude su naturaleza, cosa imposible, no puede dejar de ejercer sus facultades y cuando se le han dado permanentes para inquirir ó levantar, á buen seguro que jamás han de faltarle oscuridades en que penetrar.

El individuo está en su esfera particular, anda, trabaja y domina su altura; pero á poco de pasar el puerto, descendiendo, corre y se precipita. El hombre, perfecto dentro de su ser, no es perfecto en absoluto: aprende y olvida, adelanta, dejando algo atrás; ya se afina y civiliza; ya se extravía, pervierte y embrutece; gana por un lado lo que por otro pierde; enmienda un día lo que el anterior hizo mal, para corregir al siguiente lo mal enmendado: en suma, mejora tachando y perfecciona destruyendo.

Eso mismo que palpamos en el individuo, lo vemos mas de bulto en las colectividades. No se levanta un edificio iluminado por el sol meridiano, que no deje un lado umbroso y expuesto á los soplos del cierzo. No surtimos de agua potable á una poblacion, sin perjudicar mas ó menos con las humedades los cimientos y muros de las casas.

Apenas fecundamos con riego abundante una campiña agrícola, exponemos á los moradores á calenturas intermitentes. Inventamos los fósforos en beneficio de los usos domésticos, y se aprovechan de ellos los ladrones nocturnos, ó los convierten en tósigos doncellas desairadas. Purificamos el interior de los grandes pueblos con el sistema de alcantarillas, y tras de perder la agricultura una inmensa riqueza, abrimos caminos cubiertos para los cacos, que atacan la fortuna ajena, y necesitamos crear rondas subterráneas que los persigan en aquellos antros de infeccion. Todo lo que nos toca hacer es pesar en justa balanza las ventajas y los inconvenientes, sustraer ó restar, calificando de nocivo lo

que daña mas que aprovecha, y de útil lo que sirve mucho mas de lo que perjudica.

No hay nacion que haya dejado de tener su apogeo, su declinacion y su ocaso. La India ilustró á Egipto; de este aprendió la Grecia; de Grecia Roma; y Atenas y Roma fueron el faro luminoso que alumbró la civilizacion europea, que ha derramado por los mundos viejo y nuevo y marítimo aquella luz reverberada. ¿Y qué ha sido despues la patria de los indus, egipcios y griegos? El asilo de la supersticion, el anacronismo de la servidumbre y el foco epidémico mortífero. Por el contrario, ¿quién reconocerá la cuna de la *barbarie germánica*, que aun nos asusta con el eco horripante de sus atrocidades, en ese país clásico de la Europa central, que disputa á los mas adelantados la vanguardia de la ilustracion?

Pues ved á la América del Norte, adulta sin infancia, y modelo de omnímodas libertades, que se despedaza con furor africano, que guerrea destruyendo leguas de rails y quemando depósitos de algodón, y que con toda su virilidad apela á las conspiraciones de las sociedades caducas y al corso de los antiguos berberiscos. Recorre, como todos los pueblos, los signos de su eclíptica: que si desde el candor de Virgo se pasa á la potencia enérgica de Leo y de Tauro, tambien se enciende la guerra de Sagitario, y se ceja al retrógrado Cáncer y al disolvente Acuario.

En la via excéntrica por que camina la humanidad, á un período de adolescencia suele seguir otro de madurez y otro de decrepitud. El vigor renace bajo la égida de un poder sabio: amanece una aurora de prosperidad y se reanudan los cabos sueltos de la tela de Penélope. La plenitud de vida trae á veces la fiebre: se engrien y desvanecen los espíritus fuertes, se descompone el movimiento, y á los sustos y peligros de vaivenes y de vuelcos, ó al cansancio de la brega y de la pugna, sobreviene el marasmo de algunos, el envilecimiento de no pocos y la inquietud de todos.

Una espada tajanté levanta del polvo el derecho caído y se lo abroga por completo. Mas como esa plétora de vitalidad en una sola cabeza es mortal de necesidad, á la opresion que intimida sucede el descontento sordo, luego las quejas manifiestas, y despues los gritos valientes; y la *revolucion de abajo* echa por tierra al déspota, no sin que las heces del fondo se mezclen con la superficie pura, y el todo se enturbie. Restablécese la regularidad y sigue un período de transicion mas ó menos breve: si hay falta de tino directriz, vuelve á entorpecerse el juego de la máquina política.

Entonces acaece una de dos cosas: ó se encarama un audaz, que, inaugurado en el mando en brazos del pueblo, derriba el andamio que le sirvió de escala, ó no pudiéndose entender los vencedores, delegan la direccion en pocas manos, que rara vez satisfacen, que se mudan de continuo, hasta que estos mismos delegados acaban por reconocer la imposibilidad de marchar de esa manera.

Tal convencimiento, y la propension del poder á ensanchar el círculo de accion, traen un golpe de Estado, una *revolucion de arriba*, que lanza á la sociedad de nuevo por el camino de las oscilaciones. En último análisis, ningun tirano dura mas tiempo que el que le sufren los oprimidos, ni las naciones disfrutan mas libertad que la que merecen. Con pocas excepciones sustanciales, aunque con tantas de modo que han hecho asegurar que ningun acontecimiento se repite lo mismo; este es el curso histórico de todas las sociedades, y el que tendrán los pueblos venideros. No es profecía; es un raciocinio que considero rigurosamente lógico.

Porque ni la potencia individual, aunque sea la de un Peel, ó de un Napoleon I, ni la potencia colectiva social, en que todos ponen lo que tienen, alcanzan á contrariar las leyes de la naturaleza. Así en lo particular como en lo universal, el movimiento de accion y reaccion es incesante: se restablece el equilibrio entre los intereses para volverse á perder en sentido opuesto: es un movimiento de báscula en que el movimiento representa la paralización y la muerte. La historia de los negocios humanos está dibujada bizarramente en el flujo y reflujo del Océano.

El hombre se modifica con las limitaciones estereotipadas en su naturaleza: las generaciones recorren la série de los siglos ganando y perdiendo, unas veces mas, otras menos, ya con lentitud, ya de pronto; pero juntas todas esas vicisitudes, siempre vienen á dar sumas análogas. Los hombres que nos describen Homero, Lucano y Sócrates, son los hombres que nos pintan en serio ó en caricatura Montaigne, la Bruyere y Quevedo. Las leyes de Fohi y de Confucio, las de Sesostris, Licurgo y Solon, las de Justiniano y Don Alonso el Sabio reconocen argumentos iguales, suponen las mismas tendencias en la humanidad y se encaminan al propio fin de mejorar la sociedad, reprimiendo á los malos y opresores y protegiendo á los buenos y débiles.

Los *vedas* indios, *zend-avesta* persa, el *talmud* de los judíos y el *koran* de los mahometanos, ponen de manifiesto que siempre y en todas partes ha existido la idea de germen de la divinidad; por mas que el desvario la haya envuelto en teogonías disparatadas, simbolizando los dioses con objetos vergonzosos. Un mapa-mundi en que estuviesen representadas las gentes por las imágenes de aquellos cultos, humillaría la vanidad humana.

Y no queramos rehuir el argumento atribuyendo solo á los antiguos grandes extravíos; que tambien los hay entre los contemporáneos; que no faltan hoy magos, ni agoreros, ni hechiceros, ni género alguno de soñadores y visionarios.

(Se continuará.)

## Exposicion

MARÍTIMA INTERNACIONAL DEL HAVRE.

(Véase el N° 807.)

Mientras se preparan artículos especiales sobre las galerías de la Exposición del Havre, damos hoy dos dibujos que representan el primero una mujer del Havre que vende sidra, y el otro una de las partes más interesantes del edificio, la que contiene los instrumentos marítimos.

Más de medio siglo hace que la sidra de Normandía goza de una gran fama, merecida en verdad, y que en vano la ha querido disputar repetidas veces la Bretaña. Las vendedoras de sidra se distinguen por su enorme gorra nacional, y la que se ve en nuestro grabado es una mocetona no mal parecida que atrae las miradas de los que frecuentan los jardines de la Exposición. No me atrevo á decir que la bebida que despacha es de un gusto exquisito, pero lo cierto es que tiene aficionados.

El iniciador de la Exposición del Havre, M. Nicole, tuvo al principio de su gran empresa un objeto especial, que fué el de poner en evidencia los progresos realizados en los últimos años en la navegación de vela ó al vapor; quería presentar á la vista de todos aquellos á quienes interesan estos progresos, además de los objetos ordinarios de importación y exportación, muestras

de las construcciones navales más recientes de madera y de hierro, todo lo referente á la arboladura y al velamen, á la conservación de los buques, á las máquinas y calderas de vapor, al equipo de los marineros, á los instrumentos de navegación, á los faros que, gracias al feliz acuerdo de las naciones, alumbran ahora las costas más salvajes, las anclas, los ganchos y los instrumentos de pesca. ¿Se ha cumplido este programa? Mas adelante lo examinaremos. En el día cúmplenos solo fijar la atención en esos nuevos botes de salvamento que

el sistema de M. Fell y las propiedades especiales que le caracterizan, recordaremos en breves palabras los principios en que descansa la tracción de las locomotoras sobre los ferro-carriles ordinarios.

Todo el mundo sabe que la locomotora pierde una parte considerable de su fuerza en cuanto la vía que debe seguir deja de ser horizontal, y que se detiene completamente ante las rampas cuya inclinación pasa de algunos centímetros por metro. Esta impotencia de las locomotoras para subir las cuestas no tiene otra causa

pueden trasportarse rápidamente de un punto á otro, y principalmente en el que ha salido de los talleres de un constructor del Havre y que está llamado á prestar inmensos servicios, salvando á los buques que todos los días vienen á perderse á ciencia y paciencia de los marinos impotentes para auxiliarles.

Por lo demás, este asunto ofrece demasiado interés para que no hablemos de él próximamente y con detenimiento.

Entre tanto damos la vista de la primera sala que sirve de vestíbulo á las galerías, y donde los trofeos de instrumentos de pesca y de navegación contribuyen á formar uno de los aspectos más pintorescos de la Exposición marítima. M. D.



EXPOSICION MARITIMA INTERNACIONAL DEL HAVRE. — El pabellon de los refrescos.

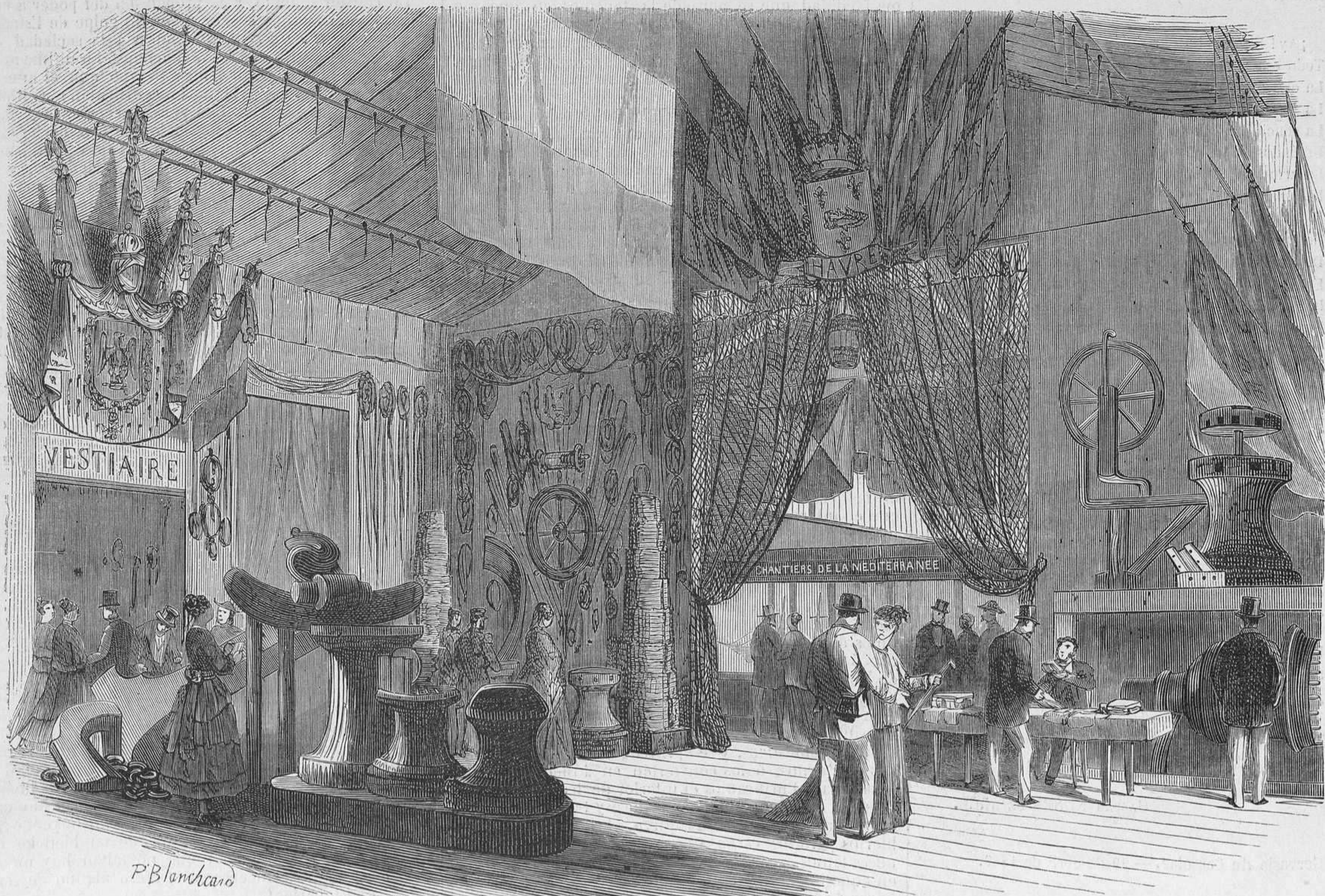
## Ferro-carril

DEL MONTE-CÉNIS.

Antes de estudiar

el sistema de M. Fell y las propiedades especiales que le caracterizan, recordaremos en breves palabras los principios en que descansa la tracción de las locomotoras sobre los ferro-carriles ordinarios.

Todo el mundo sabe que la locomotora pierde una parte considerable de su fuerza en cuanto la vía que debe seguir deja de ser horizontal, y que se detiene completamente ante las rampas cuya inclinación pasa de algunos centímetros por metro. Esta impotencia de las locomotoras para subir las cuestas no tiene otra causa



Exposicion maritima internacional del Havre. — El vestibulo.

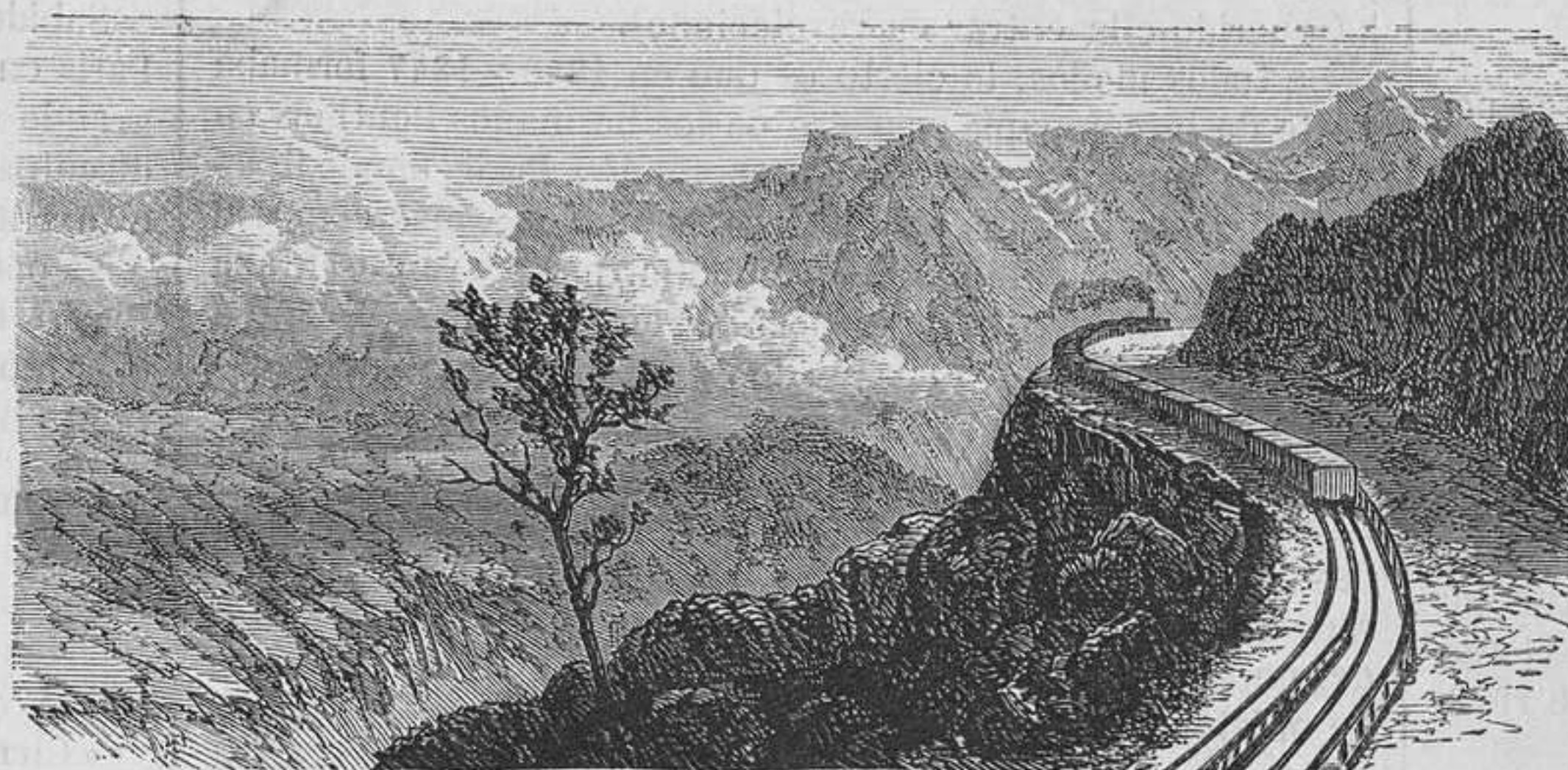
P. Blanchard

sino la insuficiencia del modo de accion de la fuerza motriz sobre las ruedas. Con efecto, para que las ruedas determinen por su movimiento de rotacion, la progresion de la máquina, es preciso que al tocar al rail encuentren un sólido punto de apoyo, que tengan, para servirnos de la expresion consagrada, la *adherencia* necesaria, sin lo cual darian vueltas sobre el mismo sitio y no andaria la máquina. Ahora bien, esta adherencia, esta presion de las ruedas sobre el rail, no se ha producido hasta hoy mas que de un modo, repartiendo sobre las ruedas motrices la mayor cantidad de peso posible, y por esto ha sido preciso construir máquinas mas y mas pesadas, á medida que eran menester esfuerzos mas enérgicos. Empero, si las consecuencias de estos principios son rigurosamente exactas, en tanto que se supone que la locomotora debe funcionar sobre un plano horizontal, no es así cuando se trata de que recorra una via inclinada. Entonces el peso de la máquina no se traduce sino incompletamente por la adherencia de las ruedas sobre los rails; una parte de este peso tiende á hacerla retroceder en el sentido de la cuesta, y cuanto mas se pronuncia la inclinacion, mas energía adquiere esta accion contraria, hasta centralizar y aun dominar completamente el esfuerzo producido por los pistones sobre las ruedas en el sentido de la ascension.

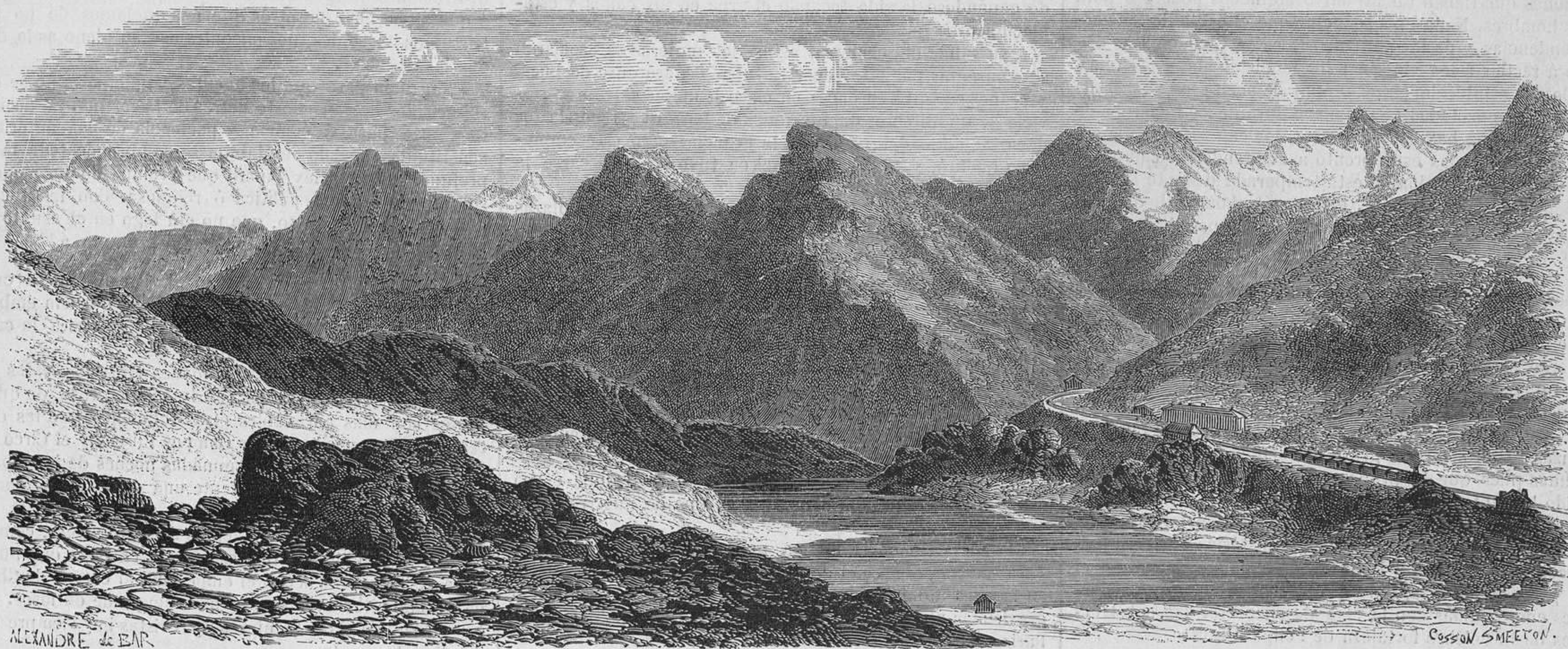
Bajo este concepto es fácil comprender



FERRO-CARRIL DEL MONTE-CENIS. — Lans-le-Bourg.



La subida.



La cumbre del Monte-Cénis.



La bajada.

cuánto deja que desear el sistema de traccion actualmente empleado en nuestros caminos de hierro. A fuerza de aumentar el peso de las máquinas y utilizando la totalidad de este peso para la adherencia, se han construido locomotoras que pueden remolcar wagones por cuestas de 12 y aun de 15 milímetros; pero propiamente hablando, no era esta una solucion del problema, y como hemos dicho ya, faltaba crear un tipo que pudiera considerarse como una máquina capaz de remolcar trenes de un peso ordinario sobre una via que presentara todas las sinuosidades y todas las irregularidades de perfil de una de las grandes carreteras alpestres, resultado que no

podia obtenerse sino á costa de una modificacion radical en el modo de accion de la fuerza motriz. Así lo ha comprendido M. Fell, adoptando un principio, cuyo descubrimiento no parece pertenecerle, pero que ha sido el primero en consagrar mediante una aplicacion práctica. Consiste este principio en hacer independiente del peso de la máquina la adherencia de las ruedas motrices, dando á estas una posicion horizontal y haciéndolas tomar su punto de apoyo en un rail colocado en el eje de la rueda y á cierta elevacion sobre el nivel del suelo. Pasando por ambas partes de este rail central, las ruedas motrices le estrechan entre sí y producen un esfuerzo de traccion comparable con el que ejercen los barcos remolcadores sobre

las cadenas de remolque. No hay para qué advertir que la presion de las ruedas sobre el rail puede arreglarse segun se quiera, y aumentarse, digámoslo así, indefinidamente. El señor baron Seguier, á quien se debe la primera idea de este sistema, proponia que se adaptaran las ruedas horizontales á una especie de pinza compuesta de palancas reunidas á las barras de enlace del tren, de cuyo modo la misma resistencia del peso que habia que remolcar determinaba la adherencia, y cuanto mas se aumentaba esta adherencia mas considerable se hacia el esfuerzo de traccion.

En la máquina de M. Fell la adherencia reproduce por medio de resortes que pueden transmitir á las ruedas una presion hasta de muchas toneladas para cada una de ellas, y cuyo efecto se arregla mediante un manubrio que tiene á su alcance el maquinista.

A fines de 1863 se experimentó por primera vez el sistema de M. Fell en

Inglaterra, en el ferro-carril de Cromfort á High-Peak. M. Fell estableció su tercer rail sobre una seccion de esta linea, en donde los trenes se remolcan por medio de cables que ponen en movimiento máquinas fijas y que en un espacio de 300 metros presentaba dos rampas de una inclinacion que variaba entre 7 y 10 centímetros por metro, y cuatro curvas de 50 metros de radio. El tercer rail, que era del modelo ordinario, se colocó entre los otros dos á una altura de 20 centímetros. Tenia la locomotora cuatro ruedas verticales, entre las cuales estaban debajo de la caldera las ruedas horizontales, que eran cuatro tambien, y quedaban situadas de dos en dos por ambas partes del rail. Cada uno de los dos sistemas de ruedas se movia por un mecanismo distinto é independiente, compuesto de un par de cilindros puestos con sus accesorios el uno al exterior para las ruedas verticales, y al interior el otro para las horizontales.

Los experimentos tuvieron un feliz éxito: en tanto que la máquina apenas podía elevarse algunos metros cuando la lanzaban sobre el plano inclinado, no haciendo maniobrar sino las ruedas verticales, remolcaba fácilmente muchos wagones hasta lo alto de la cuesta así que ponían en movimiento el mecanismo que empujaba las ruedas horizontales. Los resultados eran concluyentes, y al punto se formó una sociedad para la explotación del nuevo sistema, y se construyó en el Monte-Cénis una primera línea de prueba entre Lans-le-Bourg y la cumbre, sobre un trayecto de unos dos kilómetros. Los experimentos repetidos con una máquina de mayor fuerza que la empleada en un principio, confirman los resultados de las primeras pruebas, é entonces la compañía obtuvo de los gobiernos francés y italiano la concesión de la línea entera de San Miguel á Susa, cuya inauguración ha tenido lugar el 15 de junio y cuya explotación debe durar hasta la conclusión del túnel.

M. L.

(Se concluirá.)

### Revista de París.

De Baden y de Homburgo principian á llegar de esas noticias que ponen en movimiento á los que se encomiendan al azar para improvisarse una fortuna. Se habla de golpes maestros, que en el espacio de algunas horas han convertido en acaudalados capitalistas á personas que arriesgaron las últimas monedas de oro que poseían por todo recurso. Apresúrense pues los aficionados, porque las casas de juego de Alemania, que son las más célebres, tienen poco tiempo de vida. De Berlín escriben que el Consejo federal prepara actualmente un proyecto que será presentado al Reichstag antes de que termine la legislatura, y en cuya virtud las casas de juego públicas que existen actualmente en el territorio federal habrán de cerrarse el 31 de diciembre de 1872, sin próroga alguna.

Mientras la Alemania nos convida á enriquecernos en breves instantes, la Suiza nos ofrece la diversion de esas ascensiones que tienen un atractivo no menos poderoso para otros hombres. Nada más seductor que el estilo de las correspondencias y de los periódicos locales. Chamonix se dispone á recibir á los viajeros; los fondistas abren las puertas de sus establecimientos, untan de aceite los goznes de sus ventanas azotadas por la nieve durante los inviernos de siete meses que hay en esos países, los cafés se engalanan, el ejército de guías está pronto á emprender la campaña.

La primera ascension de esta temporada al Monte Blanco, ha sido la de los señores A. Pictet y A. Lombard, que salieron el sábado último del Gran Hotel Imperial para ir á pasar la noche al primer alto de los Grands Mulets.

El día aquel estaba magnífico, pero el siguiente no se anunció tan bien. Los viajeros que habían salido á las dos de la madrugada de los Grands Mulets, llegaron á las ocho á la cumbre del Corredor, paso peligroso siempre, y donde se vieron acometidos por un granizo menudo traído por el viento que soplabá por la parte de Italia, y que no se sentía en el valle. Los viajeros tuvieron la prudencia de retirarse, aunque ya les separaba corta distancia de la cumbre, y quizás evitaron así un grave accidente.

Vemos pues que la primera ascension del año 1868 no ha sido brillante.

Hace algún tiempo hablamos á nuestros lectores de una de esas obras de interés puramente histórico que la administración municipal de París había mandado hacer en el gran patio del Louvre, obra que consistía en unas excavaciones emprendidas con la idea de encontrar las subterráneas de la célebre fortaleza de Felipe Augusto.

Ahora bien, gracias á la exactitud de los datos que ha arrojado de sí el detenido estudio de los documentos escritos, las excavaciones en cuestion han podido dirigirse con tanto acierto, que la zanja abierta en el sitio donde se presumía debía estar una de las dos puertas principales, que era la del Este, se ha hallado, en efecto, entre los dos muros que formaban el paso.

Prolongando esta zanja, han desembocado entre las dos torres que flanqueaban la puerta, y que lo mismo que la cortina en que se apoyan, son de piedra de sillería, y aparecen en un perfecto estado de conservacion.

Solo se han encontrado los cimientos en el lugar que ocupaban los antiguos edificios; pero no por esto se han dejado de recoger preciosos datos sobre las disposiciones interiores y tan poco conocidas hasta aquí del antiquísimo castillo. El famoso torreón del Louvre se ha hallado también perfectamente conservado.

Estos últimos días los parisienses, al recorrer el suelo reconstituido del patio del Louvre, han podido reconocer con toda exactitud el lugar que ocupaban las diferentes partes del antiguo castillo feudal. Mediante unas líneas rectas ó circulares de asfalto negro rodeado de asfalto blanco, se ha figurado un plano que habla á la vista con toda claridad, y en los sitios en que el patio está empedrado, hay unas líneas de granito dispuestas de modo que se destacan sobre la masa, y que continúan y completan tan interesantes indicaciones.

Entre las noticias de la crónica diaria que señala esta vez la prensa parisiense, hallamos la historia de una mujer que es toda una odisea.

Las personas que frecuentan los establecimientos públicos de los barrios del Gros-Caillou, conocían de vista á una mujer de unos cincuenta años, de facciones acentuadas y mal vestida, que con una cajita de lápices y papel de cartas, iba de tienda en tienda ofreciendo su mercancía á todo el mundo.

Esta mujer, que se llama Francisca Norbert, ha sido sorprendida pidiendo limosna, y de las averiguaciones á que ha procedido la justicia, resultan particularidades curiosas que el periódico la *Liberté* da á conocer del modo siguiente:

Oriunda del valle de Arrau, en los Altos Pirineos, Francisca Norbert había venido á París en 1841, acompañada de un hermano suyo, su único sosten, que murió el 8 de mayo de 1842, en la horrorosa catástrofe del camino de hierro de Versailles.

Habiéndose quedado sola, y muy aficionada á correr aventuras, Francisca pasó á la isla de la Reunion, donde estuvo cerca de un año, y de allí se marchó á los Estados Unidos, en cuyo país logró reunir una fortuna de 50,000 francos, con la que pensaba volverse á Francia, cuando en las inmediaciones del Ohio cayó en manos de una cuadrilla de indios que la hicieron prisionera y la tuvieron año y medio en su tribu.

¿Cuál fué allí su condicion, y por qué milagro logró escaparse? Esto es lo que se ignora, pues sobre este punto no ha querido ella entrar en revelaciones.

De todos modos, lo cierto es que en 1846 y 1847 formaba parte de la compañía ecuestre de los hermanos Bouthors en clase de amazona, y que en 1848 volvió á París, donde figuró en una exhibición de cuadros animados; mas como al fin la policía prohibió este espectáculo, porque representaba demasiado al vivo la naturaleza, Francisca Norbert vino á encontrarse de nuevo sin medios para atender á sus necesidades.

Entonces se dedicó á un oficio de gitana: decía la buenventura en el cuarto de una casa amueblada de la calle de los Bourguignons. No la faltaron parroquianos; pero parece ser que no se contentaba con descubrir los secretos del porvenir, y que á esta industria unía la de encubridora de objetos robados, lo que le valió ser condenada á ocho meses de encierro.

En la casa de corrección de San Lázaro, trabó conocimiento con una mujer que hacia largo tiempo corria mundo ganándose la vida tocando el arpa en las calles y establecimientos públicos.

A su salida del encierro, estas dos mujeres se asociaron sin conseguir por esto hacer fortuna. Separáronse despues, y Francisca entró entonces en clase de mujer salvaje al servicio de un director de funciones de feria que recorría los departamentos del centro de la Francia; pero este empresario quebró, y la pobre Francisca tuvo que buscarse la vida de otro modo.

Sirvienta de posada y cantora de romances en las plazas públicas, hoy « ciega de nacimiento » en una ciudad, y mañana sonámbula en otra, Francisca hizo los oficios más extraños, bajando cada día un escalon hasta llegar á lo más profundo de la miseria; finalmente, en estos últimos tiempos vendía papel y lápiz, como ya hemos dicho, objetos que la compraban más por lástima que por necesidad.

Cuando su comercio no producía resultado, alargaba la mano y pedía limosna, lo que la ha conducido al depósito de Saint-Denis, donde acabará sus días.

¡Puede darse una existencia más cargada de aventuras y de miserias!

Debemos á nuestros lectores el desenlace de una causa célebre, de la cual nos ocupamos en una de nuestras últimas revistas.

Dijimos entonces que una pobre jóven llamada María Rosa Chacon, de edad de veinte y un años, había muerto en la casa municipal de sanidad, despues de haber hecho gravísimas revelaciones que conmovieron á la población de París profundamente.

Dijo pues que moría de resultas de un aborto premeditado por Emilio Reignard, y al que se había prestado una comadre de la calle Montorgueil llamada Hely.

Las averiguaciones que practicó la justicia confirmaron la declaracion de esta desventurada jóven.

Su historia es por cierto bien triste, y ojalá sirva de escarmiento á tantas desdichadas, como pueden verse en su caso.

Con efecto, dos años antes de su muerte, cuando habitaba con sus padres en Romainville, y venía á trabajar á París diariamente, hizo conocimiento con Emilio Reignard, jóven perteneciente á una honrada familia.

En noviembre de 1867, María Rosa, sintiéndose en cinta, habló á Emilio Reignard, quien se avistó con la comadre Hely, llevó á María á casa de esta, la esperó durante la operacion, y la condujo despues á su domicilio.

A consecuencia de esta visita, Rosa María tuvo un mal parto, y pocos días despues se declaró una peritonitis, para la cual llamaron á un médico que ordenó la traslacion de la enferma á la casa municipal de sanidad.

Anteriormente María Rosa había declarado ya á diferentes personas sus relaciones con Emilio Reignard, las amenazas de abandonarla que este la había hecho si se negaba á someterse al tratamiento de la comadre, y las promesas del mismo individuo si consentía en lo que había él resuelto. Finalmente, los testimonios de las enfermeras de la casa de sanidad que la han cuidado hasta sus últimos instantes,

completan la serie de las declaraciones en el mismo sentido.

Sin embargo, hasta las últimas horas de su vida, no aparece tuvo la intencion de delatar á los culpables; pero las personas que se interesaban por ella, se anticiparon á hacerlo, y entonces ella confirmó con juramento la realidad de lo acaecido, en un instante de odio contra el hombre á quien había amado tanto, y que había pagado su amor de tan infame manera.

El facultativo nombrado por la justicia, que visitó á María Rosa tres días antes de su muerte y que procedió á la autopsia, declaró que « los terribles accidentes que siguieron al aborto, la peritonitis, la inflamacion y las lesiones que pudieron observarse en la autopsia, confirman plenamente las declaraciones de la víctima. »

Y sobre esto sacó en conclusion que María Rosa ha muerto de resultas de una inflamacion crónica producida aparentemente por maniobras abortivas.

La mujer Hely y el jóven Reignard comparecieron pues ante el jurado del Sena, y negaron terminantemente la acusacion que sobre ellos pesaba. M. Lachaud, á quien se encuentra siempre de defensor en toda causa célebre, abogó por Reignard, y M. Racle por la mujer Hely, y el jurado al cabo de media hora de deliberacion dió un veredicto de no culpabilidad en favor de los dos acusados, que bajo este concepto fueron puestos en la calle.

Corramos el telon sobre tan triste escena y pasemos á otro teatro.

Sabido es que entre las diversiones del verano figura en París en primer término el baile Mabilie, cuya fama es tan grande que á veces un sentimiento de curiosidad bastante disculpable, lleva á los hombres más graves de Francia y el extranjero á visitar unos jardines de que tanto se habla.

El periódico el *Figaro* decia días pasados que M. Glais-Bizoin había pasado la velada en Mabilie, y el célebre y chistoso diputado de la oposicion ha dirigido sobre este punto al festivo diario la comunicacion siguiente:

« Comí ayer en la avenida de la Emperatriz con catorce compañeros, nos separamos á las once y media y como Mabilie, lo mismo que los demás lugares públicos, cierra sus puertas á las doce de la noche, me habría sido difícil pasar allí la velada segun afirma vuestro cronista.

« Ciertamente no obstante que á las doce menos cuarto, pasando por la puerta de aquel « santuario » penetramos en él cuatro amigos deseosos de conocer una de las más bellas instituciones de M. Haussmann. En quince minutos supimos á qué atenemos: nosotros que nos quejamos de no tener bastantes libertades, nos encontramos en pleno asilo de todas las licencias.

» Sin duda para que los agentes municipales no se ruborizaran, les habían puesto detrás de la cortina. ¡Y decir que todo esto pasa á ciencia y paciencia de las autoridades constituidas!... Solo en Mabilie se comprende toda la profundidad de la ley Pinard que prohíbe de un modo absoluto toda reunion política ó religiosa. Con instituciones *mabilles*, César Augusto, que no era lego en el asunto, preparó los reinados de Tiberio, Neron, etc., etc. »

En pocas líneas está pintado al vivo el famoso cuanto poco edificante espectáculo de Mabilie, al que sin embargo, rara vez deja de asistir el extranjero que visita la capital de la Francia.

Seguimos careciendo de novedades teatrales, y los parisienses no se quejan, pues con la temperatura de que gozamos son más agradables otras funciones que las de los teatros. El concierto de los Campos Eliseos y el Circo de la Emperatriz reunen en determinadas noches de la semana á los que necesitan absolutamente una diversion nocturna lo mismo en verano que en invierno. Sin embargo, la masa de la gente prefiere espectáculos de otro género, como por ejemplo, los militares, que están más en boga que nunca.

La visita que ha hecho el emperador al campo de Chalons ha llevado allí á un considerable número de curiosos. A decir verdad, en estas maniobras y revistas hay siempre algun detalle interesante.

Parece ser que justamente ahora acaba de inaugurarse un servicio que ha llamado sobremana la atencion de los espectadores, y es el servicio telegráfico.

« A la cabeza del cuerpo de ejército, dice el diario oficial al dar cuenta de las últimas maniobras, despues de las compañías de ingenieros todas reunidas y formando un pequeño batallon, se ha visto por primera vez el servicio de la telegrafía militar que pasaba por delante del emperador bajo las órdenes de los cuatro jóvenes capitanes de plana mayor que le han organizado y á cuyas órdenes se halla. Presentáronse sucesivamente los seis carros de devanaderas con su bandera azul, en la que se ve estampada la letra T, luego otros seis carros con el material, todos ellos con tiros de cuatro caballos, y finalmente, las diez mulas que devanan en país montuoso, toda la comitiva acompañada por los soldados de infantería instruidos para este nuevo servicio que se inaugura este año en el ejército francés y que puede considerarse como una de las más útiles instituciones militares de los tiempos modernos. »

Hé ahí las noticias que llaman hoy la atencion de París, mucho más que los anuncios de nuevas óperas ó comedias.

MARIANO URRABIETA.

**Playas españolas.**

EL SARDINERO DE SANTANDER.

(De un libro inédito.)

Todo nombre puesto por el pueblo es propio, natural y expresivo, como nacido de inspiración ingenua, y no compuesto con artificiosa doctrina. Por semejante manera bautizó la playa donde busca blando lecho de arena un popular y sabroso pececillo, vestido de azul y plata; que los vivientes de las aguas tienen también sus aficiones, y si la lubina zahareña se ampara de las limpidas rocas, recrease el atlético bonito en la trapisonda inquieta de alta mar. Allí tienden sus redes las lanchas sardineras, y tan cercanas á la ribera bordean ciertos días, que un nadador vigoroso se pone fácilmente al habla de sus tripulaciones.

Cuanto viajeros recorren durante el estío la costa de Cantabria, se han recreado en el bello cuadro que ofrece al caer la tarde el convoy pescador desfilando á recogerse al puerto, lenta ó presurosamente, á merced de la brisa recia ó suave que empuja sus amplias velas.

El vasto arenal se extiende abierto al nordeste, recostado en mansas colinas que le apartan de la bahía y de la costa brava, partido por desiguales mogotes, cuyas cimas alfombra florecido césped, y coronan reliquias de antiguos muros.

A los días del rey Felipe IV, (1) á sus guerras con Francia y á las empresas de un prelado aventurero remonta la fortificación primera de la pintoresca playa. (2)

El célebre arzobispo de Burdeos Enrique d'Esconbleau de Sourdis, uno de los mas atrevidos generales de mar de Richelieu, vino á correr la costa y amenazaba el puerto.

Instrucciones escritas le advertían de la conveniencia de tomar á Santander y convertir su ría en apostadero y refugio de la armada francesa, aun cuando posteriores aclaraciones estimaban imposible la guarda de la villa á causa de los montes que la envuelven y dominan, concluyendo que de su toma no podía esperarse otro provecho que franco pillaje. (3)

Venia el arzobispo animado de enconadas pasiones. Desde el suceso de Fuenterrabía su favor enflaquecía, el cardenal daba en mostrarsele dificultoso y severo, y sus intentos contra las naves españolas recogidas en la Coruña habían sido vanos.

Por otra parte, dos años antes había quedado maltrecho en su acometida á la isla de Cerdeña, guarnecida por españoles, en cuya valiente defensa había sido parte principal un fraile de San Juan de Dios, caballero famoso en el mundo por los extraños casos de su vida que él mismo dejó escritos. (4)

Semejante triunfo de la jerga sobre la púrpura juntábase en recuerdo amargo á enojos de cortesano desairado, á rencores de soldado vencido para encender la ardorosa sangre del prelado; y su expedición al golfo cántabro mas tuvo de pirática correría que de militar campaña.

Gobernaba entonces las armas de la costa de Castilla don Fernando de la Cerda, del real Consejo de Guerra, precavido soldado, el mismo que dejó su nombre en una batería á boca del puerto; y cuidadoso de que la descubierta playa del Sardinero era paraje á propósito para que el francés, echando gente en tierra, diese un salto á la villa por su espalda, lo hizo cubrir con reducidos y cañones; y á su cautela previsora debió acaso Santander esquivar la cruda suerte de Laredo y de Santoña, entradas y puestas á saco por el arzobispo en aquellos lastimosos días (5)

Abandonadas, derribadas, vueltas á levantar con ocasión de sucesivas guerras marítimas, y de nuevo caídas en escombros, las baterías han venido á convertirse en pintoresco accidente del paisaje; sus parapetos y espaldones de tierra, sus merlones de sillería, son atalaya para el curioso que espía la playa ó contempla el horizonte, y las plataformas enlosadas donde crugió rodando la cureña, sirven de mantel á regocijadas meriendas, y de rústico triclinio á los alegres comensales.

Entre dos puntas nombradas en mapas oficiales, del Rastro y del Lobo, se desenvuelve y crece la población nueva, verdadera *Afrodite*, nacida de las olas, y del beneficio que las olas hacen, á manera de tantas otras émulas suyas esparcidas en ambas riberas del golfo gascon; mas tarda y perezosa por haberle faltado en sus albores el necesario aire nutridor y saludable, que ro bustece toda creación humana, haciéndola salvar las peligrosas crisis de su infancia.

(1) Año de 1639.

(2) Exposición de la villa de Santander al rey Carlos III pidiendo se atiende al reparo y guarnición de sus defensas.

(3) Documents inédits sur l'Histoire de France. — Correspondance et dépêches d'Henry d'Esconbleau de Sourdis.

(4) Comentarios del desengañado de sí mismo, prueba de todos estados, y elección del mejor de ellos, ó sea Vida del mismo autor, que lo es don Diego, duque de Estrada.

(5) El historiador Melo dice que los astilleros de Santander fueron abrasados por el arzobispo, mas no hallo en su correspondencia mención del hecho.

Hoy por ventura, tras largos años de penosa incertidumbre, se muestra animada de poderosos espíritus vitales, fuerte y briosa, é inaccesible al novicio influjo de gérmenes parecidos á los que recién nacida la entecaron y consumieron.

Desplega sus blancas viviendas á los piés de la carretera que guía á la ciudad serpenteando por la mansa loma de Miranda, cuya cima corona con su luz perenne la santa ermita de los Mártires: cada casita posa sus piés en una alfombra de césped, y se deja arrullar por las hojas nuevas de los chopos plantados en derredor; abajo, casi sobre la arena, tiene su amplia hospedería, abierta así á los que prefieren al apartamiento de la familia, la vida mas bulliciosa de la sociedad y la mesa redonda, como á los refinados y codiciosos de apurar todo deleite, que dando al mar y la campiña las horas del día, quieren recogerse á la ciudad de noche y disfrutar de los placeres que la ciudad ofrece.

Inmediatas las lomas desiguales de la régia *Alfonsina* ondean copiando las fluctuaciones del elemento vecino, como pinta sus rumores la voz del viento en las apretadas hojas del pinar espeso. Los pinos, adolescentes todavía, cierran ya sus copas en ancho toldo impenetrable á los rayos del sol, mientras abren entre sus troncos escuetos paso á la brisa del nordeste; delicioso abrigo en las riberas abrasadas del Mediodía, á cuyo amparo pueden gozarse siesta ó meditación no interrumpidas por el monótono zumbido de las cigarras que acompañaban á Byron en el Pinar de Rávena. (1)

Desde la punta del Rastro hasta Cabo Menor al noroeste se extiende el Sardinero grande, partido por un arroyo que se desmadeja en hilos sobre la arena, bajando de un pantano nombrado propiamente Llamas, todos en antiguo dialecto que conserva Asturias. La ciénaga desecada y puesta en labor ha trocado su anterior destino de cazadero de ánades y lagunejas por el mas útil de huerta y pradería; las nutrias salvajes huyeron de sus aguas recogidas y encauzadas, el aire del cielo y la azada del hombre levantaron y mulleron el suelo apelmazado; fundóse un caserío, y sus hacinas olorosas de heno llamaron al gorrion, huésped seguro donde quiera que se encuentran abundancia y sosiego, ladrón de la siembra primero y luego centinela y salvador de la flor y fruto en la planta crecida y sazónada.

Por ambos arenales ruedan á su placer las olas, sueltas y gallardas sin hallar tropiezo ni obstáculo que las quiebre ó desgarré, y resbalan sobre la apretada arena como pudieran sobre terso mármol, sin dejar en ella mas despojo que algun manojito de algas, donde vienen á merodear las avocetas grises de la marina. Pero al otro lado del Sardinero chico, á sombra de las puntas del Lobo y de la Palomera, se abre una caleta erizada de rocas hitas ó echadas á modo de piedras célticas; penetran allí las olas oprimidas y violentas, y socavando al retroceder el pié de cada peña, dejan tras de sí, cubierta con cristalino lienzo de agua, copiosa muchedumbre de las conchas que arrollan en sus rizados senos.

Retírase la marea, y sobre la arena yace rico botín que atrae los ojos y tienta la mano del curioso: *bocinas* y *tritonas* diversos en colores y tamaños, *tellinas* blancas y *tersas* como mármol de Paros, *volutas* nacaradas á cuya boca asoma sus pinzas el gloton *ermitaño* alojado en ella despues de devorar á su legitimo dueño, y la ciprea estriada, rara y escogida, suavemente apellidada por los costeños Margarita. Mayor espacio ocupa su nombre escrito que cada una de estas joyas marinas, cuya *irisada* muchedumbre destella en cada balsa al sol como el matizado fondo de un vaso en mosaico.

Todo este paisaje vario, risueño, accidentado, sublime, donde la soledad del desierto ofrece su quietud solemne y silencioso encanto, á par del rumoroso movimiento de la vida social; donde brindaban ampliamente el sol sus alegrías, el Océano sus tristezas, sus flores el campo, sus conchas las arenas, y todavía el corazón, anheloso de los misterios y grandezas naturales, es aventajado por el espíritu codicioso de precisar y recoger vagas é indecisas memorias de pasados tiempos, se encierra dentro de dos faros cuyas gallardas torres blanquean apagadas á la luz del día, y encienden las linternas de su capitel al acercarse la noche.

Pesa el mas elevado sobre los escuetos lomos de Cabo Mayor; el mas modesto sobre romántico pedestal ceñido de espuma que

El alto escollo sin cesar blanquea,

como dice el poeta. (2)

Erigió el primero la Junta de comercio de Santander en los años 1838 y 39, y veinte años mas tarde vino el segundo á completar la benéfica obra, señalando á los navegantes la azarosa roca que parte la entrada de la bahía.

El nombre de aquella roca suena en los preliminares de un drama misterioso cuyo sangriento desenlace vie-

(1) . . . . . people of the pino  
Making their summer lives one ceaseless song.

(DON JUAN. Canto the third.)

(2) Quintana. — Oda al mar.

ron en Madrid las tapias de Santa María de la Almudena una noche de 1578.

En aquella corta calle  
Mas bien callejon estrecho  
Que por detrás de la iglesia  
Sale frente á los Consejos,  
Se halló tendido un cadáver  
De un lago de sangre en medio,  
Con dos heridas de daga  
En el costado y el pecho.

Y como aun rico ostentaba  
La cadena de oro al cuello,  
Y magníficos diamantes  
En los puños y en los dedos,  
Que obra no fué de ladrones  
Se aseguró desde luego  
El horrible asesinato  
Que á Madrid cubrió de duelo.

Así cuenta el poeta nacional, el duque de Rivas, la misteriosa muerte de Juan de Escobedo, íntimo confidente y amigo de Don Juan de Austria.

Siendo Escobedo alcaide del castillo de Santander por el rey Felipe II, porfiaba é insistía en la necesidad de levantar una fortaleza sobre la peña de Mogro, reclamando para sí la tenencia de ella: cupiese ó no intención torcida en semejante designio, á los que entonces se ocuparon de alcanzar sus fines ciertos, importaba con exceso la culpabilidad del desventurado alcaide.

Jóven, apuesto, insinuante, audaz, primero y único acaso en el mancebo glorioso, coronado del mas alto laurel militar del siglo, á quien no se suponía satisfecho con la gloria de Lepanto, antes aguijado por ella á mas altos designios, á planes ambiciosos de dominación é imperio, parecia blanco señalado á la régia suspicacia, á la emulación palaciega, tanto mas sanuda cuanto menos poderosa se sentía contra su principal objeto, el imperial bastardo. Imputáronse recíprocamente el homicidio los dos á quienes pudiera ser provechoso, y en el memorial de su causa presentado por Perez ante el Justicia de Aragón ponen en boca del rey palabras contra Escobedo, que son una sentencia de muerte.

¿Sería este tan poco cuidadoso de su vida que á punto de partir de Flandes para unirse con el príncipe su amo, llegase á decir, como alega el memorial, "que siendo dueños de Inglaterra, se podrian alzar con España con tener la entrada de la villa de Santander y el castillo de dicha villa, con un fuerte en la peña de Mogro, alegando desenfadadamente que cuando se perdió España desde *las montañas* se recobró?"

La imaginación del pueblo que vió desaparecer á Escobedo por tan trágica é inesperada manera, no se satisfizo como los rumores cortesanos, y sobre la causa política de su muerte supuso otra mas poética y mas tierna; fué voz comun, y en la tradición vive, que despecho de amante poco venturoso vibró el hierro, y enherbolaba su punta ponzoña de celos.

Y el escollo de Mogro, Mouro que otros dicen, despierta el recuerdo de aquel triste modo de justicia tenebroso y expedito, tan propio de voluntades que no conocen freno á su poder absoluto, y se satisfacen con esquivar la sentencia de los juicios humanos, desdeñosos ú olvidados de otro mas alto, mas certero é incorruptible.

¡Extrañas mudanzas de los tiempos! en días de grandeza y de poderío, la peña debía ser recelosa barrera que vedase á toda nave el asilo del puerto. En época mas desgraciada se convierte en guía que señala su entrada y asegura su camino, ¿es que la desconfianza y el cuidado velan á las puertas del poderoso, y desampara los umbrales del pobre; ó que venido el hombre á condicion mas mansa, trabaja y se desvela en prevision, no de días de pelea y de conflicto, sino de asentada paz, norma de su vida y término de su destino?

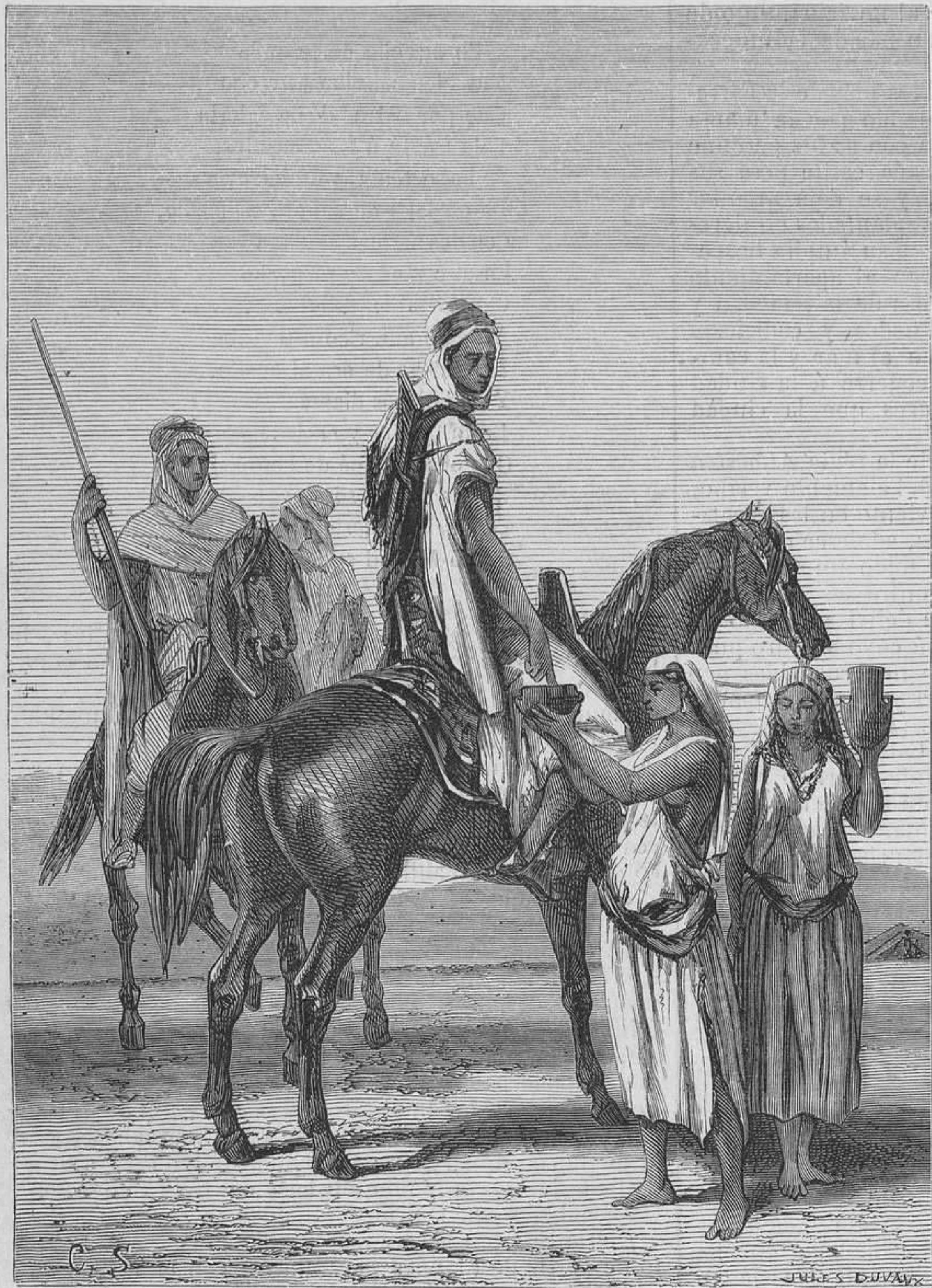
JUAN GARCIA.

**Bellas Artes.**

EXPOSICION DE 1868.

CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NÚMERO.

*El Haleb* (la leche), cuadro por M. Ginain. — Las campañas francesas en Africa han encontrado en M. Eugenio Ginain un historiógrafo bien informado. A la pintura de los asuntos militares debió sus primeros triunfos, y sin duda no ha renunciado aun á interesarnos con nuevas relaciones de batallas. Entre tanto utiliza los recuerdos de sus viajes á Argelia, y pinta las costumbres de esos nómadas que son á la vez soldados y pastores. En su cuadro de este año se mezclan la guerra y las cosas pastoriles. Dos mujeres llevan *el haleb* (la leche), á unos jinetes beduinos, que bien plantados en sus monturas, se han detenido un instante. Pero el de-



EXPOSICION DE BELLAS ARTES. — *El Haleb*, cuadro por M. Ginain.



*El Tocador de una morisca*, cuadro por M. L. de Moulignon.



*Ganado en el bosque*, cuadro por M. Van Marcke.

sierto los reclama, y van á partir al galope, llevándose consigo un recuerdo feliz de su excursión en busca de aventuras.

M. Eugenio Ginain ha estudiado del natural las curiosidades de la vida árabe, y sabe expresar perfectamente sus aspectos severos y su carácter patriarcal. Además dibuja bien los trajes, las armas y los caballos. El cuadro que reproducimos hoy será una de las mejores páginas de su obra.

*El Tocador de una morisca*, cuadro por M. de Moulignon.— Gracias al brillo de los trajes y á lo marcado de los tipos, el Oriente es una mina inagotable para los pintores. M. Leopoldo de Moulignon, que ha recorrido detenidamente la Argelia, no ha tenido mas que abrir su cartera para hallar el asunto del cuadro que titula: *el Tocador de una morisca*, y en cuya ejecución ha demostrado una vez mas su perfecto conocimiento de las razas orientales y su afición á todo lo que brilla.



*La Jauría*, cuadro por M. Julio Duvau.

*Ganado en el bosque*, cuadro por M. Van Marcke.— M. Van Marcke es á la vez paisista y pintor de animales. Nadie le aventaja en pintar dentro de un verde

que con perros de raza inglesa; mas los retratos que M. Duvau ha reunido en su cuadro, recuerdan los tipos de la antigua raza francesa y las hermosas jaurías

prado una porción de vacas blancas ó leonadas, rumiando la tierna yerba á la sombra de grandes árboles. Como buen colorista, posee la energía del tono y el vigor del pincel, y el cuadro que hoy reproducimos, demuestra que no en vano ha tenido por maestro al pintor Troyon.

*La Jauría*, cuadro por M. Julio Duvau.— Este cuadro, que pertenece á M. de Ernemont, está destinado á adornar el comedor del palacio de Val-lalet. Una hermosa jauría agrupada en primer término; en el fondo una hermosa alameda á cuyo extremo se distingue el palacio, tal es la sencilla composición de esta pintura, que denota en su autor un profundo conocimiento de los tipos, al mismo tiempo que una grande habilidad para reproducirlos en el lienzo. Actualmente apenas se caza en Francia mas



*Bautizo de salvajes*, cuadro por M. L. A. Leloir.

de la casa de Condé. Este lienzo es un buen estudio que han sabido apreciar todos los aficionados á la caza.

*Bautizo de salvajes*, por M. L. A. Leloir. — En su *Historia de la conquista de las Canarias*, Juan de Bethencourt, ó el escritor que habla en su nombre, recuerda que en 1404, «el rey pagano Lanzarote,» convertido al cristianismo, pidió ser bautizado. Tal es el asunto tratado por M. Leloir en un cuadro que justamente ha llamado la atención del jurado de recompensas. Las fisonomías de los actores, los singulares atavíos de los salvajes, las vestiduras del capellan Le Verrier y de los caballeros que le rodean, y finalmente, el carácter religioso de la escena, han inspirado bien al jóven artista.

S. T.

## Cuadros de costumbres guatemaltecas,

POR SALOMÉ GIL.

(Continuacion.—Véase el N° 807.)

Yo, aun cuando fuese capaz de hacerlo, no me tomaría ahora ese trabajo, ya que no es mi objeto hacer un estudio de filología, sino escribir un artículo de costumbres sobre el petardista. En esta virtud me será permitido tomar la palabra en su sentido mas lato, en el que el uso vulgar ha consagrado, y no precisamente en el que le asigna el Diccionario. Generalmente se llama petardista, no solo al que pide prestado con ánimo de no devolver, sino á aquel que de algunas otras maneras, con tal de que no sea un robo declarado, se queda con lo ajeno.

Los que andan tomando al fiado en las tiendas y no satisfacen el precio de lo que llevan; los que, viviendo en casa de hospedaje, acostumbran no pagar las pensiones; los que se *distraen* y no cubren jamás los salarios á los criados que les sirven, ni el valor de su trabajo á los artesanos que emplean, constituyen otras tantas variedades del petardista, aun cuando no sea esa la calificación que mejor pudiera convenirles.

El petardista es una planta parásita que vive de la sustancia ajena; es una carga concejil desigualmente distribuida y contra la cual no valen las excepciones legales. Es una peste que, al revés del cólera, ataca de preferencia á las personas acomodadas, sin que por eso estén libres enteramente de ella los desvalidos y los menesterosos.

Puede dividirse en dos clases: el petardista *por mayor* y el petardista *al menudeo*, segun la manera en que se ejerce la profesion. Los hay que hacen el negocio solo en grande y que desdennan cualquier lance que rinda, por ejemplo, menos de quinientos ó mil pesos. Otros, con poco talento y no tanta audacia para la especulacion se contentan con un petardeo de menor cuantía.

A veces el petardista por mayor va descendiendo hasta parar en el menudeo; y suele suceder tambien que el que antes se ha limitado á este, va adelantando en el arte ó ciencia, (no sé bien lo que es) hasta convertirse en un petardista de tomo y lomo.

El petardista por mayor tiene negocios; gira y acepta letras; toma dinero á apremio; y si se va á examinar el verdadero estado de sus asuntos, se verá que todo aquello es un puro enredo. Hace una, dos y hasta tres bancarotas; y entonces el petardista ha llegado á su apogeo; es un hombre grande; se le declara un *genio* para los negocios, pero el teatro es pequeño, y por eso ha escollado. Dice que este no es pais para él, y se va con la música á otra parte.

El petardista al menudeo es un personaje originalísimo y aun divertido, cuando ejercita el oficio con talento. Come, bebe, viste, fuma, juega y enamora á costa de otros; desplegando un verdadero lujo de ingenio y sutileza en las mil y una astucias de que se vale para desempeñar los diferentes papeles que tiene para representar.

Ya es un estudiante pobre que necesita diez pesos para completar lo necesario para su grado, y se los pide á Vd., conociendo su buen corazon, su amor á las ciencias, etc., etc. Déjese Vd. ablandar, y al siguiente dia sabrá como el tal ni es estudiante ni ve jamás los libros. Acaso sus diez pesos de Vd. han pasado la noche muy contentos, convertidos en licores, en la agradable compañía de otra media docena de estudiantes y las respectivas *estudiantas*, que están lejos de saber á quien deben realmente aquel buen rato.

Ya es un antiguo camarada de colegio (de quien usted no se acuerda, por mas señas,) que se encuentra en un compromiso de honor y necesita veinte y cinco pesos para él, y si no los obtiene, está resuelto á darse un tiro. Excútese Vd. con los malos tiempos, con la pérdida de las cosechas de grano, ó con cualquier otro motivo, y el del tiro va bajando como el termómetro en tiempo de frio, aunque sin llegar jamás á *cero*. Se contenta al fin con media onza (de plata) y de ahí no pasa. Ya es otro que propone el descuento de una letra falsa, ó que fingiendo cartas de personas conocidas, pilla algunos realitos. El petardista tiene, como suele decirse, mas *picos* que una estrella; fia en las tiendas: debe al zapatero y al sastre; y tiene en los cafés abierta una cuenta que, como la boca del buzón del correo, no se cierra jamás.

Un sugeto muy conocido mio, llamado don Blas Trampea, es un petardista insigne, que podria poner cátedra de mañas, pues sabe el arte por principios. Conoce profundamente el corazon humano, y ha hecho un estudio concienzudo del carácter, de las inclinaciones y de cuanto atañe á las innumerables personas á quienes sucesivamente va haciendo pasar bajo las horcas caudinas del escamoteo.

Es un conspirador perpétuo, no contra el gobierno, sino contra el bolsillo ajeno; y como tiene declarado que la vergüenza es un mueble incómodo para navegar con él en el mar de la vida, lo ha puesto á un lado y marcha viento en popa, sin que nada le estorbe y le embarace. Eso sí, dice que nadie le gana en cuanto á exactitud para llevar sus cuentas.

A cada uno de sus innumerables parroquianos asegura muy formal que *ya está apuntado en su libro*; y no pocos se dan por satisfechos con lo del apunte; aunque es bien sabido que don Blas vive apuntando, pero jamás da fuego. Habita en casa de huéspedes, y nunca le parece cara la pension que le piden; pues como no la ha de pagar, tanto le da que sea poca á mi hombre como que sea mucha.

Cuando ha vivido cinco, seis meses ó un año, en la casa donde se le ha mantenido; lavado la ropa y remendado las calcetas, los dueños de la posada, cansados de aguardar un dinero encantado, que le han de enviar no se sabe de dónde, y nunca llega, acaban por plantarle en la calle, dando por bien perdido lo que debe, con tal de salir de él.

En estos casos acostumbra hacerse el enojado; y si se le pregunta por qué está mal con sus antiguos huéspedes, responde que ha tenido cuestion *por opiniones*.

— ¿Cómo así? le dice alguno que sabe que Trampea no es hombre político.

— Sí, señor, por opiniones, repite don Blas. Figúrese usted que esas gentes *opinaban* que yo debía pagarles, y yo *opinaba* que no; con que vea Vd. si tengo razon para decir que hemos perdido la amistad por las malvadas opiniones.

No sé por qué contingencia, siempre que llego á las puertas del teatro, de la plaza de los toros, ó de cualquier otro establecimiento donde se paga por entrar, aparece al mismo tiempo mi don Blas. Me suplica cortésmente pida un billete para él; y mientras estoy sacando el dinero, Trampea empieza á registrarse las faltriqueras, como quien busca lo que sabe no ha de hallar.

— He olvidado mi portamoneda, dice muy sereno; y en tanto yo he pagado por los dos.

Igual escena tiene lugar en la nevería y en el café. En todas partes el mismo minucioso é inútil cateo de bolsas, que por lo vacías parece las hubieran metido en una máquina neumática.

Cuando las circunstancias apuran mucho, don Blas sale á campaña, y es de ver cómo inventa, urde y fragua para obtener recursos. Una ocasion, en que ya no encontraba qué libros bajar para conseguir media docena de duros, entró en una joyería, pidió una alhaja de valor de diez pesos y dijo que ya pasaria el dinero. A donde pasó fué á una platería inmediata y vendió la prenda por seis pesos.

Cierto amigo mio, llamado don Cosme Tenaza, que tiene motivos para guardar consideracion á un pariente cercano de Trampea, fué víctima de este en un lance en el cual el petardista se mostró á la altura de su genio. Fué un dia á casa de don Cosme á suplicarle le prestase una onza de oro, ofreciendo devolverla dentro de dos semanas. Tenaza que sabe de qué pié cojea el bueno de don Blas, se la dió, despidiéndose de ella para siempre con la mayor ternura. A los quince dias se presentaba en casa de don Cosme para devolverle la onza.

— Sin duda se ha dormido el diablo, dijo don Cosme, y guardó su dinero muy contento.

Dos meses despues, Trampea vuelve á buscar á mi amigo, diciéndole en mucha reserva, como se encuentra en un grande apuro, y que espera le saque de él, prestándole treinta pesos, que devolverá á los ocho dias; agregando que solo á Tenaza, y no á otro daria semejante prueba de amistad y de confianza. Don Cosme agradece infinito la distincion y da el dinero, haciendo el ánimo de perderlo.

— Estos treinta sí que se van y no vuelven, dijo para su capote; al menos ya me veré libre de este petardista.

Pero ¿quién lo creyera? El mismo dia en que se cumplió el plazo, mi amigo veia sus treinta pesos sobre la mesa. Apartó uno para mandar decir una misa por las ánimas y varió completamente el concepto que tenia de don Blas, á quien sin duda se calumniaba.

Pasó algun tiempo; y un dia sin rodeos ni coloquios, pidió Trampea quince onzas á don Cosme, quien seguro con la puntualidad de los pagos anteriores, se las contó en el acto. Pasa el término señalado para la devolucion, y el hombre no parece. Un año mas, y nadie da razon de él, pues ha desaparecido de la ciudad.

— El muy bribon, decia Tenaza con los ojos llenos de lágrimas, trató de inspirarme confianza para asegurar el golpe fatal.

El lance se hizo publico, y mi pobre amigo tuvo que oír no pocas zumbas sobre sus quince onzas. Mas ¡cuán falibles son los juicios humanos! Seis dias hace don Cosme Tenaza recibe una carta de Santa Ana, en la cual Trampea le pide mil perdones por la retencion de su dinero y le remite sus quince onzas una sobre otra, en una cajita de cartón bien cerrada y lacrada!

Mi amigo, alegre como una pascua, va de tienda en tienda mostrando la carta y el dinero á los burlones

que se hacen cruces y declaran á don Blas, hombre cabal y honrado, el Fénix de los petardistas. En eso, uno de tantos, mas curioso, ó mas desconfiado que los otros, toma una de las onzas, la examina, la hace caer al suelo, y al oír el sonido, dice con seguridad:

— ¡Es falsa!

— ¡Falsa! repiten en coro las demás; vengan las otras.

Se examina una por una; todas son igualmente falsas. El bribon habia añadido al petardo la broma mas desvergonzada. Don Cosme dió la vuelta furioso, no tanto quizá por la pérdida del dinero, cuanto por el chasco.

Trampea, mientras tanto, anda ejerciendo su profesion en otras partes; y adelantando en la carrera, se ocupa en hacer las veces del Cuño en los lugares donde falta este establecimiento. Cuando se haya olvidado el lance de las onzas (porque ¿qué no se olvida aquí?) volverá por acá; pues su desfachatez es tal, que raya en lo sublime y hace de nuestro hombre casi un héroe.

Ahora pregunto yo: el que tan gran habilidad desplega y tan activo se muestra para procurar vivir á costillas del prójimo, con riesgo de que al fin, agotándose la paciencia de los que son víctimas de sus ardides, den con él en una cárcel, ¿no podria, haciendo uso de esa misma habilidad y quizá con la mitad del trabajo que emplea para defraudar á los demás, adquirir, por medio de una industria honesta, otro tanto ó mas de lo que pilla con sus malas artes?

Ciertamente que sí; porque ha contraído malos hábitos que han acabado por formar en él una segunda naturaleza. La trápala y el engaño son su elemento, y si le sacan de él, muere como el pez fuera del agua.

Un moralista ha dicho «que todo crimen procede de un error de cálculo.» Claro es que si el petardista calcula bien sus verdaderos intereses, seria... cualquiera otra cosa, con mas lucro del que se obtiene y con menos riesgo del que corre en la carrera de tramposo.

## EL DISTRAIDO.

Hay hombres que utilizan y convierten en provecho propio hasta sus mismos defectos; proporcionándose asi una especie de compensacion á falta de aquellas ventajas que les ha negado la naturaleza avara. No son pocos los miopes que sacan partido de su miopia para no ver aquello que no les conviene, y los sordos que, gracias á su sordera, no oyen jamás lo que no les tiene cuenta. Lo mismo que con esos defectos físicos, suele suceder con algunos intelectuales.

Las personas que han sentado plaza de distraidas, por ejemplo, disfrutan de ciertos privilegios á que no nos es dado aspirar á los que no estamos declarados faltos de la primera de las tres potencias del alma, tomándolas en el orden en que las enumera el Catecismo. La distraccion, cuando llega á cierto grado, es un tesoro de precio incalculable; y el hombre que la posee, puede llamarse dichoso, como que está autorizado para salirse con cuanto le acomoda.

El distraido que toca en el último término de ese que no sé si deba considerarse como defecto ó como gracia, se llama entre nosotros *ido*; locucion bárbara, si se quiere, pero que hace al que la obtiene una de las criaturas mas felices sobre la haz de la tierra. Está autorizado para no pagar visitas, ni otras cosas; para no saludar en la calle ni ceder la acera á los que *le revientan la sangre*; para decir algunas *frescas* á cuantos le incomodan; en fin, para tomarse muchas libertades que á otros no se tolerarian.

*Es muy ido*, se dice; y ese participio pasado del verbo ir, aplicado de tan extraña manera, es una especie de bula sanatoria que hace bueno todo género de caprichos y excentricidades. ¡Bienaventurados los *idos*; porque ellos harán en este mundo cuanto les dé la gana!

De esa clase de gentes se dice por acá «que les falta un sentido.» Yo, por mas que repaso los cinco que llamamos corporales, no acierto á alcanzar cuál de ellos es el que brilla por su ausencia en las personas distraidas. Verdad es que ellas ni ven, ni oyen, ni huelen, ni gustan, ni tocan como el comun de los hombres; pero eso, mas que carencia de sentido determinado, supone una manera propia y peculiar de usar de todas ellas. Acaso el que les falté sea el que los moralistas llaman íntimo, en cuyo caso eso explicaria la significacion de aquella frase familiar.

Un don Desiderio, á quien en abreviatura llamamos todos don Lelo, (diminutivo que cuadra perfectamente al individuo) es un *ido* de solemnidad, y puede presentarse como el prototipo de esa clase de personas. Anda á manera de república hispano-americana que se está *constituyendo*, es decir, á paso de tortuga; siempre está cantando ó *chiflando*; se para delante de las tiendas, viendo horas de horas cualquiera baratija, y cuando sale de su distraccion, tiene ya al rededor un gran círculo de curiosos por adivinar qué es lo que le llama la atención.

Lleva el pañuelo lleno de nudos, como cuerda de tercero; pues es su costumbre poner esas señas para recordar que ha de concurrir á una cita, que tiene que contestar á una carta, ó que evacuar cualquiera otra diligencia muy urgente. Desgraciadamente suele suceder que cuando ve despues los tales *amarradijos*, no puede







El hambre en Argelia.

### El hambre en Argelia.

Desde hace seis meses los periódicos han publicado centenares de artículos sobre el hambre y los espantosos destrozos que ha producido en Argelia; pero ninguno de esos cuadros tiene la terrible elocuencia de los dibujos que hoy ofrecemos á nuestros lectores. Nada hay que añadir á tales pinturas; lo único que podemos decir es: ¡ved y compadeced á esas tristes víctimas!

Tal es la suerte de las desdichadas poblaciones árabes. Contemplando esos semblantes horriblemente atormentados por el hambre, contemplando esos cuerpos en los que se dibuja de un modo tan espantoso la forma del esqueleto humano, pueden calcularse las torturas de la larga agonía de esos pobres hambrientos.

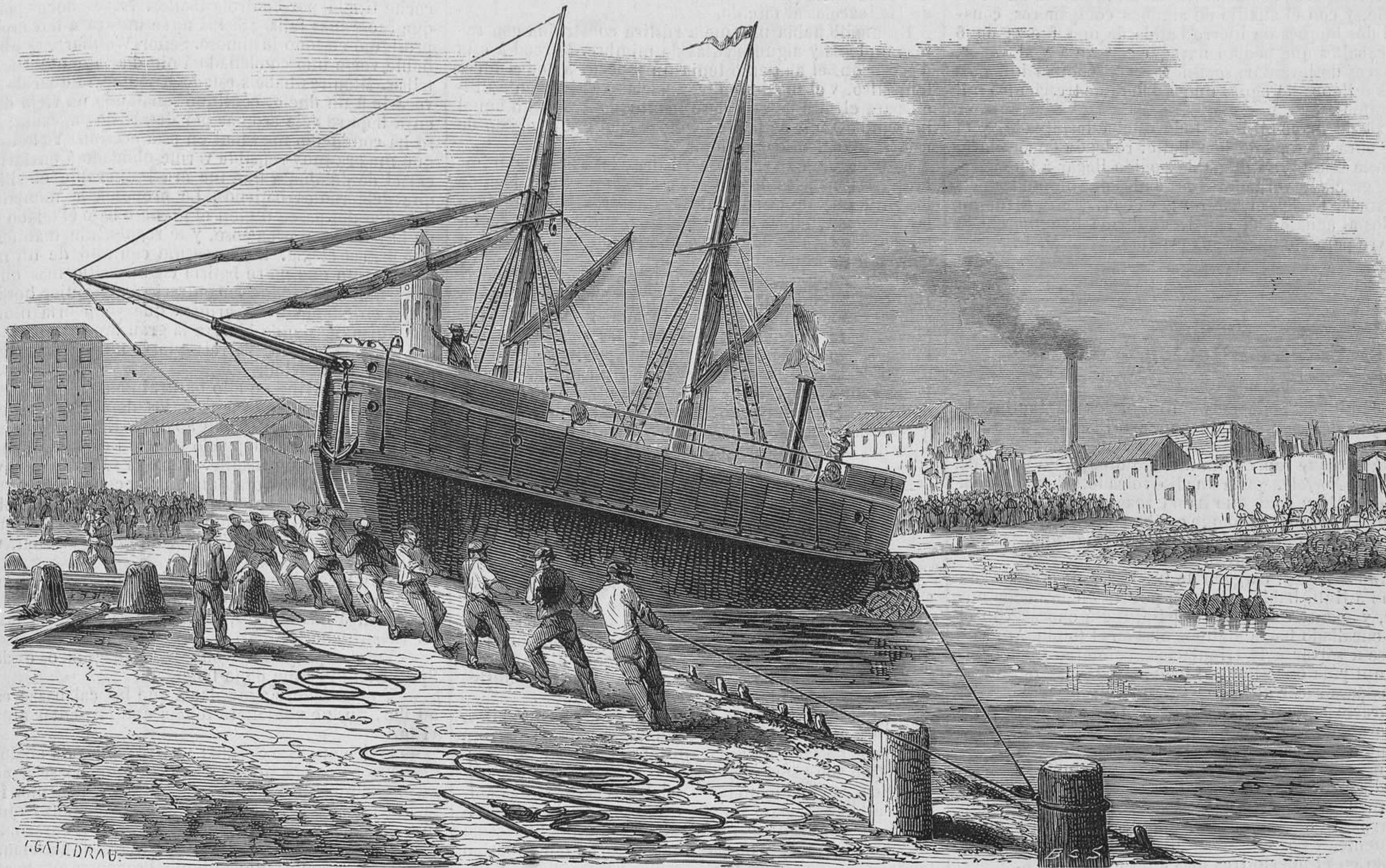
Muchos dias ha durado el suplicio. Segun las fuerzas de la victima, se necesitan cinco, siete y diez dias para llegar al término. Se han visto muchos, que como unos esqueletos ambulantes, tardaban catorce y quince dias en espirar. ¡Qué escenas tan horribles! Extendiendo

esta imagen á tribus enteras, multiplicando estos cuadros hasta obtener el número de cien mil hambrientos, se comprenderá que el año 1868 dejará una huella fúnebre en la historia de la colonización francesa en Argelia. Observaremos á nuestros lectores que estos dibujos no han sido ejecutados copiando los apuntes de nuestros corresponsales. M. Sarrault, fotógrafo de Constantina, ha fotografiado en las inmediaciones de esta ciudad, la imagen de los grupos de moribundos que reproducimos. Es el hambre copiada del natural, sin exageración de ninguna especie.

R. DE M.



El hambre en Argelia.



PARIS. — Buque de salvamento botado al agua en el canal de la Villette.

**Buques de salvamento**

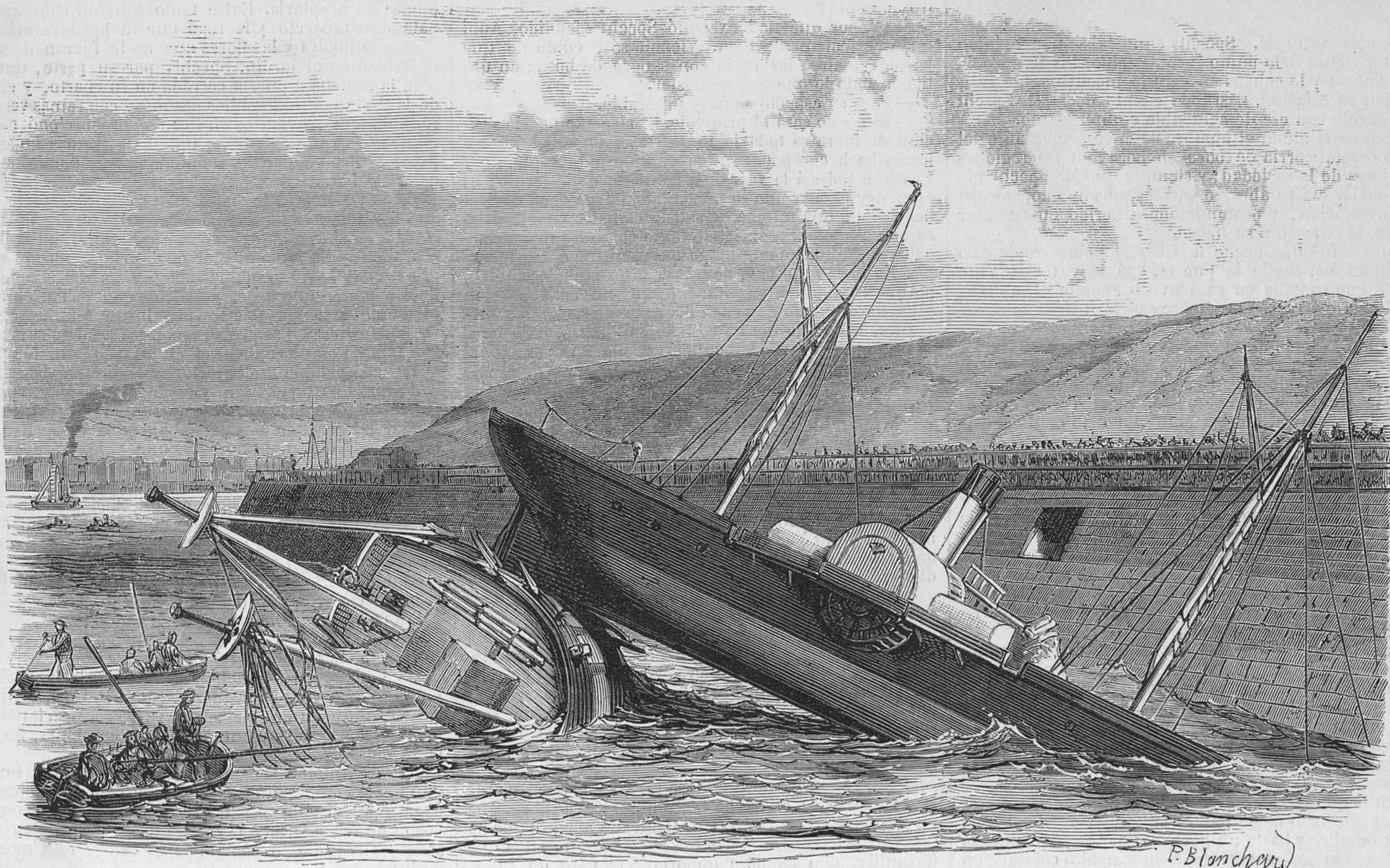
BOTADOS AL AGUA EN LA VILLETTE (PARIS).

Todo el barrio de la Villette estaba en movimiento días pasados. Los numerosos obreros que componen la población esencialmente laboriosa de esta parte de Pa-

ris, festejaban el triunfo de un inventor, simple obrero como ellos, llamado Casimiro Deschamps, que después de una vida entera de pruebas soportadas con ese valor y constancia que da la fe en una idea, veía en fin esta idea realizada, y sus esfuerzos coronados con el más feliz éxito.

Sacar del fondo á la superficie los buques sumergidos, por medio de cadenas amarradas á barcos que pue-

den hundirse ó elevarse más ó menos en el agua, estando vacíos ó llenos de líquido; utilizar así la fuerza enorme é inagotable que se llama la pesantez, tal es en dos palabras el principio en que descansa el sistema tan sencillo como ingenioso cuya aplicación acaba de realizar M. Deschamps. Apoyado en su empresa por capitalistas que comprendieron la importancia de esta aplicación, M. Deschamps puso manos á la obra apenas



BOULOGNE DEL MAR. — Accidente ocurrido en la noche del 22 de mayo en el canal del puerto.





tásteis hace ya tiempo; que M. Ehrenthal ha prestado dinero al baron sobre sus tierras. Ultimamente en el extranjero he sabido que el baron se halla en un inminente peligro, y hasta he tenido ocasion de prevenirle contra los sordos manejos de un intrigante.

La mirada de Bernardo, llena de angustia, permaneció fija en los labios de Antonio. Este movió la cabeza.

— Pero este intrigante, añadió; no es una persona extraña á vuestra casa; es vuestro tenedor de libros, Itzig.

— ¡ Es un infame! exclamó Bernardo con vehemencia cerrando su descarnado puño. Itzig tiene un alma de cieno, es un vil y un miserable. Desde el primer día que entró en nuestra casa, he sentido hácia él tanta aversion como por un animal inmundado.

— Al parecer, continuó Antonio, este hombre, á quien conozco hace ya mucho tiempo, trabaja para perder al baron sin conocimiento de vuestro padre. El aviso que se me dió fué tan oscuro, que no pude sacar de él ningun partido, y le comunicué sencillamente al baron tal como le habia recibido.

— Itzig domina á mi padre, murmuró Bernardo con voz apenas inteligible. Es el espíritu maligno de nuestra familia. Si mi padre se muestra egoista con el baron, á la influencia de ese miserable se debe.

Antonio para tranquilizar á su amigo, manifestó participar de su opinion.

— Es necesario que yo sepa á dónde llegan los compromisos del baron con mi padre, continuó Bernardo, y lo que es posible practicar para sacarle de apuros como tambien á su familia. Yo puedo servirles de algo en esta ocasion, continuó el enfermo, y un débil rayo de alegría iluminó de nuevo su rostro. Mi padre me quiere, me quiere mucho. Durante mi enfermedad, he conocido que me ama entrañablemente. Cuando por la noche se acerca á mi cama y pasa su mano por mi frente, cuando se sienta delante de mí, en el mismo sitio en que estais sentado en este momento, y me mira con aire triste y afligido... siento, Wohlfart, que á pesar de todo es mi padre.

Juntó las manos y ocultó su rostro con la almohada.

— Me ayudareis, amigo mio, repuso despues de una pausa, y me direis lo que se ha de hacer para salvar al baron. Esto es lo que exijo de vos; yo por mi parte interrogaré á mi padre. Temo que llegue el momento en que deba hablarle de este negocio, pero segun lo que acabais de comunicarme, temo que no lo sepa todo, ó bien, murmuró por lo bajo, que no me diga la verdad. Es necesario ante todo que vayais vos mismo á encontrar al baron.

— Es menester que tengais entendido, contestó Antonio, que aun con las intenciones mas puras del mundo, no es prudente ni permitido inmiscuirse en los negocios de los demás. Por buenas que puedan ser nuestras intenciones, el baron no verá en mí mas que á una persona extraña que se entromete en sus negocios. Mi intervencion le parecerá tal vez, lo mismo á vuestro padre, una presuncion indiscreta, y temo mucho que por este medio no descubriremos gran cosa.

(Se continuará.)

### Un tigre escapado en Amberes.

Amberes posee uno de los mas bellos jardines zoológicos del continente. La coleccion es completa, y así sucede que siempre que se desea adquirir un animal raro, se pide á Amberes. La ciudad de Nueva York queria tener un tigre é hizo su pedido, y con efecto, el director del jardín M. Vekemans, eligió un tigre magnífico que con todas las precauciones posibles mandó colocar en una jaula que parecia estar al abrigo de to-

¿ Qué habia pasado pues ?

Despues de haber roto los barrotes de su jaula y saltado al jardín pasando por el marco de una ventana, el tigre de un salto habia salvado la pared mencionada mas arriba y se habia introducido en la estacion del camino de hierro. Sus huellas señalaban este camino. Poco tiempo despues se hallaba en la calle.

¡ En la calle! Ahora ya no hay obstáculo. Aspira el aire y echa á correr. La ciudad entera dormia aun, tanto y tan bien que el terrible paseante no encuentra un alma. Mas hé aquí que muy luego se presenta un caballo

montado por un hombre y despues aparece un jornalero que va á su trabajo.

El tigre habia visto á los operarios de la estacion y le habria sido facilísimo atacarles; mas sin embargo, no se metió con ellos. Ahora á la vista del caballo, sus instintos sanguinarios se despiertan, y á la primera acometida el jinete y su montura van rodando por medio de la calzada. El caballo se levanta y espantado arranca al galope seguido por el tigre, felizmente para el hombre que no tenia la ligereza del caballo. Este corria tan bien que el tigre acabó por abandonarle.

Mas á todo esto le habia embriagado ya la sangre. Quiso la fatalidad que un pobre obrero, un anciano, pasase cerca de allí en aquel instante, y todo lo mas que pudo hacer fué dar un grito. El tigre le hizo cadáver en un segundo, y despues de hacerle rodar por en medio de la calle, marchó en busca de otra víctima. Así llegó al callejon de Santa Ana donde vió á un hombre encaramado sobre un tejado y para alcanzarle el tigre saltó al tejado contiguo, donde se hallaba aun tal como aparece en nuestro dibujo, cuando llegó el director del jardín zoológico, M. Vekemans, acompañado de algunos cazadores de buena voluntad y seguido del personal del jardín, pues ya se habia dado la voz de alarma.

Lo mas urgente era impedir que el tigre saliese del callejon sin salida en donde se habia metido y bajo este concepto levantaron á su entrada una barricada. Luego M. Vekemans así como los señores F. de Brakeleer, A. Werbroeck y Verhoeven, los cuatro armados con escopetas Lefauchaux, marcharon resueltamente al enemigo.

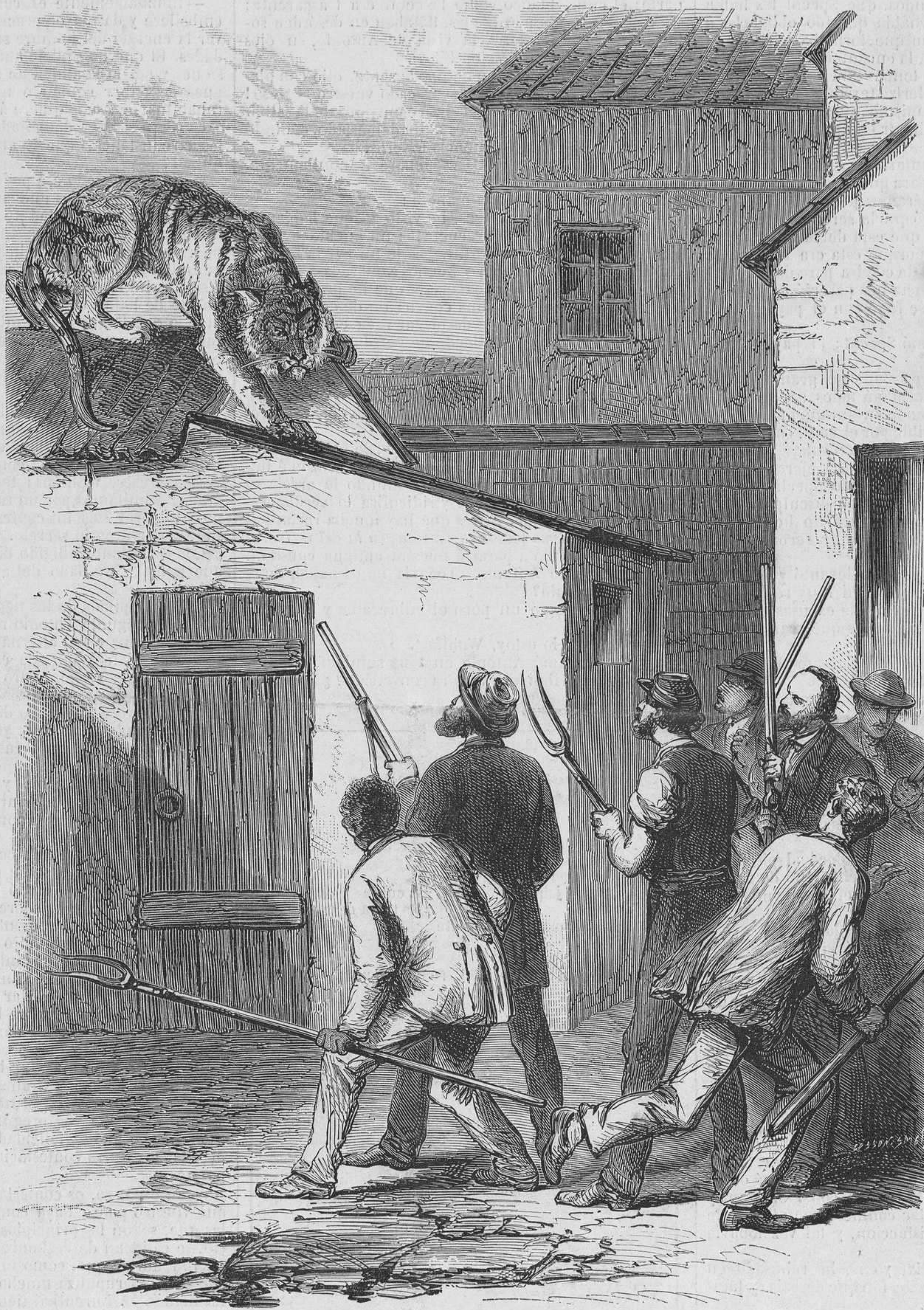
No era fácil cogerle vivo y sin embargo lo intentaron por medio de una trampa, pero en vano: no hubo pues mas remedio que decidirse á matarle. El tigre habia abandonado su puesto y aparecia en actitud amenazadora.

Con las orejas echadas hácia atrás y el ojo implacable se adelanta lentamente; ya le separan solo algunos metros de los atrevidos cazadores que han conservado toda su sangre fria. Ya va á dar un salto, cuando de repente resuenan tren tiros y el animal cae. Gracias á Dios estaba muerto.

Diremos al terminar que la víctima de esta fatal evasión era un obrero empleado en un establecimiento de construcciones marítimas, que volvia del taller cuando tuvo la desgracia de encontrarse con la fiera. Deja una viuda septuagenaria y una hija, á las cuales ha señalado inmediatamente una renta vitalicia la Sociedad real de zoología.

El tigre muerto pesaba ciento sesenta y dos kilogramos.

C. P.



BÉLGICA. — Un tigre escapado en Amberes.

dos los accidentes. Jaula y tigre debian salir el 7 de junio para su destino: ¡ Vano proyecto!...

La estacion de maniobras del ferro-carril confina con el jardín zoológico, del que solo una pared la separa. Eran las tres de la madrugada y sin duda el vigilante se habia medio dormido en la estacion, cuando hé aquí que de repente atraviesa á pocos pasos de él un animal que medio distingue entre las tinieblas de su sueño.

— ¡ Qué perro tan extraño! se dijo; pero es hermoso, jamás he visto un perro semejante.

Entre tanto el supuesto perro se alejaba buscando sin darse prisa, una salida cualquiera. Dando así vueltas al acaso, le ven unos operarios, que segun parece, no tenían sueño, y huyen gritando: — ¡ Un tigre! ¡ Un tigre!

Con efecto, era el mismo tigre que debia salir dentro de algunas horas para Nueva York, *via London*.